seguro como está de llevar en sus venas sangre de españoles y de guajiros... Es un muchacho que lee, que recuerda, que contempla y que desea ser trascendental: una especie de *Hamlecito* venezolano y mestizo que aparece en el variadísimo escenario de la "novela" y en él se esfuma sin haber hecho nada y sin dejar en el alma del pobre lector ninguna impresión...

* * *

7. *La respuesta del otro mundo*, L. AYALA MICHELENA.—Caracas, 1938. 89 pp.

La respuesta del otro mundo es un "sainete caraqueño", estrenado en el Teatro Nacional de la Capital venezolana en 1926. Sin duda alguna, el sainete, puesto en las tablas por una compañía de cómicos habilísimos, debe producir un efecto refrescante... En tres actos, —cada uno de los cuales termina en un chiste— el lector se pone en contacto con una serie de figurillas escénicas —fulleros, buscones, mujercuelas y hablistas del hampa caraqueña— que usan todos un lenguaje pintoresco y populachero, lleno de equívocos y travesuras. Los tres actos son otros tantos cuadros de género, en los cuales se echa de ver, no el talento de Muñoz Seca, ni su labia feliz, sino algo de su técnica.

CARLOS GARCÍA-PRADA,
Universidad de Washington,
Seattle, Wash.

Historia y crítica de la novela en Venezuela, R. ANGARITA ARVELO.—Berlín, 1938. 173 pp.

La *Historia y crítica de la novela en Venezuela*, de Angarita Arvelo, es un ensayo independiente, seguro y luminoso, que sólo "anhela contribuir patrióticamente a la cultura venezolana" y que logra ser de grande utilidad y de positivo interés. Inspirándose en un grande amor a la obra de genuino nacionalismo que en Venezuela comenzó con la semilla sembrada por el inolvidable y grande don Andrés Bello y que viene desenvolviéndose con caracteres cada día más definidos y prometedores, Angarita Arvelo nos traza con mano firme la trayectoria de la novela venezolana propiamente dicha, desde *Peonía* (1890), de Manuel Vicente Romero-García, hasta *Puros hombres* (1938), de Antonio Arraíz. Y lo hace casi siempre sin prejuicios políticos, religiosos y filosóficos, y sin ese "criterio" de simpatías o antipatías

personales o de escuela que tantos males le ha causado a las letras hispanoamericanas. Angarita Arvelo vive sólo en busca de los valores puramente novelísticos, y su amplio criterio tiene quizás una única limitación: su afán nacionalista, que lo hace a veces demasiado severo ante escritores y obras ajenas a tal afán y que, en realidad, pueden encerrar, y encierran, valores estéticos universales y dignos de consideración. Si su ensayo lo fuese de la "novela venezolana", y no de la "novela en Venezuela", quizás no tendría importancia esa limitación, y el lector no se sorprendería de que Angarita Arvelo le dé más consideración a *Todo un pueblo*, de Miguel Eduardo Pardo —"misérrima de arte, de estilo, de gracia y seriedad"— que a *Dionysos*, de Pedro César Dominici, sólo por ser esta obra de imitación francesa y aquélla una mezquina diatriba contra Caracas, es decir, una obra de relativo ambiente nacional...

Según Angarita Arvelo, años después de la muerte de Bolívar (1830), en Venezuela "permanecía intocado el género novelístico", aunque allí había sembrado Bello la semilla del nacionalismo literario. Con el romanticismo, aparecieron los débiles ensayos de Fermín Toro, García de Quevedo, José Ramón Yépez, Guillermo Michelena, José María Manrique, Julio Calcaño, Felipe Tejera y Gil Fortoul, obra de "pasatiempo literario y regodeo intelectual de espíritus preparados para el arte de escribir bien sin la vocación novelística". Y así, mientras florecían otras manifestaciones artísticas más o menos afortunadas —poesía, música, pintura, etc.—, la novela nacional embrionaria "se complicaba de ridículas fantasías, de un exotismo literario desventurado y de amaneramientos extraños". Más tarde, del año 88 al 90, se intensificó la agitación literaria en Venezuela, y los jóvenes de entonces se dieron a la lectura del colombiano Isaacs, y a buscar inspiración en Valera, Pereda, Pérez Galdós, Zola, Dumas, Bourget y "quizás" en Maupassant. Entró el realismo en el mundo literario venezolano, y apareció *Peonía*, la novela de Romero-García, "ejemplar señero de las letras" nacionales, "espejo y lección de la patria", que encierra en sus páginas "gran parte del alma" popular.

Más que ninguna otra, *Peonía* es para Angarita Arvelo la piedra angular de la novela criolla, que, al desenvolverse lenta y segura ya de su orientación estética, culmina en las grandes realizaciones de Rómulo Gállegos, y muy especialmente en *Doña Bárbara* y en *Cantaclaro*, con las cuales la novela venezolana entra triunfalmente en el campo de la novela universal. Por eso, si el autor apenas nombra las obras anteriores a *Peonía*, pasa luego a ocuparse en detalle de las novelas más importantes de Díaz-Rodríguez, Blanco-Fombona, Pocaterra y demás novelistas contemporáneos.

El cuadro que presenta Angarita Arvelo es bastante completo, y sus juicios —no siempre certeros, según nuestro modo de pensar—, son firmes y claros, y por lo mismo muy dignos de tenerse en cuenta. La *Historia y crítica de la novela en Venezuela* de Angarita Arvelo representa sin duda el ensayo más serio y sostenido que hasta ahora se haya publicado sobre un tema de tan vastas proporciones, que es preciso continuar investigando hasta llegar a los juicios definitivos que aún no se han logrado. Ningún estudiante de la literatura venezolana podrá pasar por alto el valioso ensayo de Angarita Arvelo, que nosotros esperamos habrá de ser ampliado en lo futuro por él mismo. El ensayo carece de datos biográficos y bibliográficos. Desarrollado, podría constituir un admirable tratado literario, necesario y oportunísimo. Su autor está bien documentado y tiene una pura visión de crítico sereno e independiente. Ojalá que continúe su labor hasta terminarla en la forma deseable.

CARLOS GARCÍA-PRADA,
Universidad de Washington,
Seattle, Wash.

Preguntas a Europa, M. PICÓN-SALAS.—Santiago de Chile, Empresa Editora Zig-Zag, (1938?). 143 pp. \$0.40.

En *Preguntas a Europa*, el más orgánico, fuerte y novedoso de los libros del conocido escritor venezolano, según sus editores, el autor "asume una posición beligerante" en presencia de los graves problemas de la cultura europea, que, como los de toda cultura, son problemas "esencialmente de formas".

Convencido de que Europa es "la gran creadora de formas", y de que la América se halla apenas en los comienzos de su formación cultural, Picón-Salas se preocupa seriamente por la actual situación del Viejo Mundo y siente que cualquier solución que ella tenga habrá de influir hondamente en los destinos del Nuevo. "La cultura de Europa" —dice— "y la naturaleza de América se desean y se buscan" y habrán de encontrarse al fin en la realización victoriosa de "un vasto sueño de Humanidad total". Esta es la tesis central del libro, el *leit-motiv* que inspira los siete interesantes capítulos que lo componen.

En los momentos actuales, la vida intelectual iberoamericana, ante el misticismo social ruso, el vitalismo alemán y el pragmatismo norteamericano,